

PROFETA Y MÁRTIR

Ha sido impresionante la canonización del papa Pablo VI y la de monseñor Óscar Arnulfo Romero, junto a otros cinco hermanos y hermanas elevados a los altares. Toda una multitud de personas llegaron de El Salvador para asistir a la glorificación de aquel arzobispo, tan valiente defensor de los pobres, o mejor de los empobrecidos.

Hace exactamente cuarenta años, el obispo Romero decía: “Muchos quisieran que el pobre siempre dijera que es “voluntad de Dios” vivir pobre. No es voluntad de Dios que unos tengan todo y otros no tengan nada. No puede ser de Dios. De Dios es la voluntad de que todos sus hijos sean felices” (10.9.1978).

Tenía razón. Es una blasfemia afirmar que Dios manda la pobreza y el hambre, el analfabetismo o el desempleo. Esas situaciones no obedecen a la fatalidad, sino a la injusticia asentada sobre la tierra. Dios no puede querer que muchos de sus hijos carezcan de un techo bajo el que cobijarse.

Pocos días después, monseñor Romero decía algo que sonaba como una interpelación: “Cuando se le da pan al que tiene hambre lo llaman a uno santo, pero si se pregunta por las causas de por qué el pueblo tiene hambre, lo llaman comunista y atea. Pero hay un “ateísmo” más cercano y más peligroso para nuestra Iglesia: el ateísmo del capitalismo, cuando los bienes materiales se erigen en ídolos y sustituyen a Dios” (15.9.1978).

Al año siguiente tenía lugar en Puebla de los Ángeles la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano. El llamado “Documento de Puebla” diría que el servicio profético lleva a anunciar dónde se manifiesta el Espíritu y a denunciar dónde opera el misterio de iniquidad, tanto en los hechos como en las estructuras (n. 267).

El mismo Documento afirmaría que “frente a la situación de pecado surge por parte de la Iglesia el deber de la denuncia, que tiene que ser objetiva, valiente y evangélica, que no trata de condenar sino de salvar al culpable y a la víctima” (n. 1269).

Monseñor Romero había recibido ese ministerio profético que hace de él uno de los grandes defensores de los derechos humanos. Pero nadie defiende al oprimido sin enemistarse con el opresor. Esa experiencia secular le convertía en un candidato a las amenazas de muerte, como él mismo reconocía.

Sin embargo, no lo amordazaba el miedo. Lo sostenía la esperanza, como lo manifestó el día 24 de marzo de 1980: “El Reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección. Esta es la esperanza que nos alienta a los cristianos. Sabemos que todo esfuerzo por mejorar una sociedad, sobre todo cuando está tan metida esa injusticia, es un esfuerzo que Dios bendice, que Dios quiere, que Dios nos exige”. Ese mismo día lo mataron, mientras celebraba la misa en un hospital.

José-Román Flecha Andrés